

ocasion de vengarse de los enemigos, no tienen escrúpulo en oprimir al huérfano y á la viuda, ni el ser inmoderados en la comida, ni en escandalizar al prójimo con su libertinaje? ¿Acaso aman á Dios aquellos, que no oyen su palabra, no siguen sus consejos, y no cumplen sus mandamientos? Bajo tales condiciones es preciso confesar, que no se le ama; es preciso decir, que amamos todas las cosas ménos á Dios. Sobran motivos para recordar aquí el anatema del Apóstol contra los desventurados que no aman al Sér supremo, al mejor de los amigos, al más cariñoso de los padres (1). Y sin duda que debe el orador sagrado levantar la voz contra los hombres injustos, que prefieren la criatura al Criador; contra los tibios, que se avergüenzan de practicar ciertos actos de caridad por temor de parecer demasiado fervorosos en el divino amor; contra los nécios, que, alejados de Dios, pasan siempre una vida perdida trás la avaricia, la lujuria, la gula, la incontinencia, y todo cuanto hay en el mundo de desordenado y de pecaminoso. Pero no lanzaré palabras de maldición, ántes bien vuelto á Ti, Virgen Santísima, imploro tu piadosa proteccion. Suele decirse, que obras son amores y no buenas razones. O no amamos á Dios, ó si le amamos lo hacemos de palabra y no de corazon ó con los hechos. Alcánzanos, pues, la gracia de que nuestros corazones ardan en este amor; concédenos la gracia de que amemos á Dios sobre todas las cosas y más que á nosotros mismos, ó sea, con aquella superioridad de afecto que merece la superioridad de su Sér. No puedo negar que nuestras iniquidades son innumerables; pero sé tambien que eres nuestra Madre, y por lo mismo, no puedes ménos de ayudarnos. Así pues, socórrenos ahora que estamos cansados de arrastrar por tanto tiempo las cadenas de las culpas, y deseamos alcanzar la bienaventurada libertad de los hijos de Dios; auxiliáanos, tanto en la difícil y penosa empresa de salir de la esclavitud del pecado, como en la de abrasarnos en el divino amor, para que, vueltos á la gracia y perseverando en la misma hasta la muerte, podamos entrar en los tabernáculos de la Gloria.

(1) I.^a Cor. XVI, 22.

DISCURSO VI.

AMOR AL PRÓJIMO.

Diliges proximum tuum sicut te ipsum.
Amarás á tu prójimo como á tí mismo.
(MATH. XXII, 39.)

La caridad, que es la reina de las virtudes, pues, al decir del Apóstol, es la mayor de todas en dignidad y excelencia (1), tiene dos objetos, primario el uno, secundario el otro. Así, pues, si con el objeto primario nos llama á Dios, que es la misma bondad infinita, la misma amabilidad y el mismo conjunto de todas las perfecciones; con el secundario nos llama al prójimo, en cuanto que es á imagen y semejanza de Dios. Y no obstante, el amor á Dios y el amor al prójimo no son dos caridades, ni dos virtudes, sino una misma virtud, una caridad misma, como la raíz de una planta, que permaneciendo la misma, produce dos bellísimos pimpollos. En verdad, el amor á Dios nos induce á amar al prójimo; el amor al prójimo nos induce á amar á Dios; pero ya sea que se ame á Dios, como que se ame al prójimo, no existe más que un amor, que una sola caridad. Esto lo significó claramente el divino Maestro cuando dijo: Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon, con toda tu alma y con toda tu mente; este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á ese: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Toda la ley y los profetas están cifrados en estos dos mandamientos.

Por consiguiente, hermanos míos, habiéndoos ya hablado del amor hácia Dios, conviene que os hable del amor hácia el prójimo; y lo haré presentándoos en esta virtud el ejemplo de María. Desde este instante enjugad las lágrimas de angustia que tal vez algunos de vosotros derrameis, pues hallareis en este amor motivos para esperar,

(1) I.^a Cor. XIII, 13.

que la calma suceda á la borrasca, y el júbilo al llanto y á las aflicciones. Además, esto mismo os moverá á tener entrañas de misericordia para con aquellos que, gimiendo sin consuelo en las presentes necesidades de la vida, necesitan de vuestro afecto. Entremos desde luego en materia, implorando primero los auxilios de la gracia. A. M.

Entre todos los preceptos que Jesucristo, nuestro divino legislador, nos impuso é inculcó, no hay ninguno á favor del cual empleara mayor solicitud de la que empleó, imponiéndonos é inculcándonos el amor al prójimo. Haciendo caso omiso de las parábolas, de las figuras y de las imágenes, con las cuales, representándolo con frecuencia y poniéndolo en acción, hizo de él el asunto de sus sublimes instrucciones, una vez declaró con palabras explícitas, que este era por antonomasia su precepto (1). Y en otra ocasión dijo á la faz del mundo, que sus verdaderos discípulos debían conccerse por la observancia de este precepto (2). Diciendo: este es mi precepto: que os améis los unos á los otros; lo cual no dijo de la fé, de la justicia, ni de la castidad, que, sin embargo, son preceptos suyos perfeccionados por El, quiso significarnos su importancia inmensa; y señalando como regla para ser conocidos como discípulos suyos el amor recíproco de los unos á los otros, al paso que no se expresó de esta suerte respecto de la paciencia, la humildad, la oración, las mortificaciones, ni otras virtudes, también muy necesarias, quiso enseñarnos, que para el cristianismo es esta una de las obligaciones más esenciales y más graves.

Persuadidos los Apóstoles de esta verdad, declararon por escrito y de palabra, la importancia de la caridad para con el prójimo, y cuan estrecha obligación tenemos de amarle. Inspirados por el Espíritu Santo, instruidos por Jesucristo, é intérpretes fieles de su ley y de su voluntad, hablaron continuamente y de propósito sobre el particular. Por lo que se refiere á los escritos, abriendo sus epístolas, leemos en Santiago, que la religión pura y sin mácula delante de Dios Padre es esta: visitar á los huérfanos y á las viudas en sus aflicciones (3); en San Pedro, que se necesita mantener constante la mútua caridad, porque la caridad perseverante cubre ó disimula muchedumbre de pecados (4); y en San Pablo, que los otros mandamientos

(1) JOAN. XV, 12.

(2) JOAN. XIII, 35.

(3) JAC. I. 27.

(4) I. PETR. IV., 8.

están recopilados en el precepto de la caridad (1). Por lo que mira á lo que decían de viva voz, sirva de ejemplo el apóstol San Juan, quien, entrado en años, falto de fuerzas y de vigor para predicar, era por sus discípulos conducido á los lugares públicos, y con débil acento repetía á menudo esta sentencia: Hijos míos, amaos los unos á los otros. Cansados ya los concurrentes de oír siempre la misma doctrina, cierto día, le dijeron: Maestro, ¿no teneis nada más que inculcarnos? Y les dió esta respuesta, que San Jerónimo considera digna de tan grande apóstol: Es este el precepto del Señor, y basta guardarlo para estar seguro de la salvación (2).

El precepto de amar al prójimo, no solo lo prescriben Jesucristo y la ley divina, segun lo afirman los Apóstoles, sinó también la ley natural. En efecto, la naturaleza se inclina á amar á su semejante; y todos nosotros somos compuestos de un mismo barro, todos reconocemos un mismo origen, todos recorremos el mismo camino sobre la tierra, y todos nos dirigimos al mismo fin. Así, pues, sin recurrir á otras elocuentes enseñanzas de recíproca caridad, para conocer cuanto debemos amar al prójimo, basta considerar que uno es nuestro origen, la creación; uno nuestro artífice, el Señor; una nuestra materia, un puñado de barro; y una nuestra forma, la imagen de Dios. Si las distinciones que existen entre los hombres derivasen de la naturaleza, acaso los unos podrían mirar á los otros con desdén; pero desde el momento que reconocen por origen el capricho de la fortuna, la política, la soberbia, la ambición ó la avaricia, no tenemos motivos para dejar de amarnos con un amor recíproco y fraternal.

Finalmente, para descubrir la importancia de este precepto del amor al prójimo, reflexionemos acerca de las consecuencias terribles y funestísimas que resultan de la falta de esta virtud. Oid, hermanos míos, lo que el apóstol San Pablo escribe en su primera epístola á los Corintios: Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres, y el lenguaje de los ángeles *mismos*, si no tuviere caridad, vengo á ser como un metal que suena ó campana que retiñe. Y cuando tuviese el dón de profecía, penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias: cuando tuviera toda la fé *posible*, de manera, que trasladase de una á otra parte los montes, no teniendo caridad, soy un nada. Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de

(1) AD ROM. XIII, 9.

(2) Hyer. comm. in ep. ad Galatas.

los pobres, y cuando entregara mi cuerpo á las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no sirve de nada (1). ¿Y qué más podía añadir cuando dice, que sin la caridad no sirven de ningun mérito para la vida eterna ni el dón de lenguas, ni el de profecía, ni la paciencia en los tormentos sufridos por la fé? Además, San Juan fulminó tres sentencias, á cual más tremendas, contra aquellos que, faltos de caridad, no aman á su prójimo. Dice en su primera carta, que quien no ama á su prójimo queda en la muerte, esto es, yace en la muerte del pecado y de la eterna condenacion (2). Afirma en la segunda, que quien aborrece á su hermano en tinieblas está y en tinieblas anda, y no sabe á donde vá, porque las tinieblas le han cegado los ojos, esto es, se dirige hácia el Infierno, y no sabe ni ve las penas en que se precipita (3). Asegura en la tercera, que cualquiera que tiene odio á su hermano es homicida (4), homicida de sí propio, matando á su alma; homicida de la caridad, extinguiendo en sí aquel fuego, que debería arder siempre en el corazon en provecho de los demás; homicida del prójimo, porque el homicidio suele nacer del odio, y el que odia al hermano es homicida respecto de la disposicion en que se halla, por más que no haya echado mano de ninguna arma ofensiva.

Conocida la importancia de la caridad para con el prójimo, deberemos ahora examinar con diligente atencion sus caractéres, á fin de que no suceda por una fatal ilusion, que privados de ella, nos creamos poseerla. Y para esto será oportuno ofreceros el ejemplo de María, como el único que puede indicarnos cual deba ser en nosotros este amor para con el prójimo. No vayais á creer, que para la completa demostracion de este asunto, tenga yo que recordaros punto por punto los principales y más espléndidos hechos de la vida de la Santísima Virgen. Tengo para mí, que es más que suficiente observarla en su viaje á Hebrón, en su visita á Elisabeth.

Apénas el arcángel Gabriel le habla de que su prima Elisabeth, estéril por espacio de muchos años y tambien de edad muy avanzada, ha concebido un hijo, corre apresurada para congratularse con ella y prestarla sus servicios. Aunque jóven, castísima y ruborosa entre las vírgenes, sale de casa, penetra por quebradas sendas, atraviesa ásperas montañas, apresura el paso, devora el camino

(1) I. COR. XIII, 1, 2, 3.

(2) I. JOAN. III, 14.

(3) I. JOAN. II, 11.

(4) I. JOAN. III, 15.

pronta, y no se detiene hasta llegar al término deseado. En una humilde morada, situada en la ladera de un monte de una ciudad de Judá, es donde pasa los días la bienaventurada mujer, llena entónces de una fecundidad, tanto más prodigiosa, cuanto más largo tiempo esperada; y allí dirige María sus pasos para prestarle todos los auxilios necesarios. Ninguna consideracion personal la detiene, ni las incomodidades del camino, ni los peligros del viaje, ni los miramientos de prudencia, ni los consejos de refinada precaucion, ni la propia dignidad, siendo Madre de Dios, ni su condicion, hallándose en estado interesante como aquella cerca de la cual va á cumplir con tanta solicitud los oficios de una criada. A pesar de ser reina, y se trate de una súbdita; á pesar de ser señora, y se trate de una que debiera servirla, es la primera que se apresura para saludarla y servirla.

Ahora bien; ¿qué es lo que impulsó á practicar todos esos actos á la Santísima Virgen? ¿Qué es lo que la indujo á no deliberar para la partida, y encaminarse presurosa hácia la ciudad donde moraba su prima? Fué precisamente la caridad, hermanos míos. La caridad la impulsó á salir de su amada soledad, y á presentarse á los ojos de todos, en medio de la confusion del mundo, y entre el tumulto de las calles y plazas públicas, por más que se hubiese consagrado á una vida muy retirada desde su niñez. La caridad no le permitió oponer la más mínima duda, darse el más breve descanso, ni dejarse vencer por ningun pensamiento contrario, á fin de llegar presto donde debía dispensar su asistencia y derramar sus gracias. Impulsada por este amor, que compenetra toda su alma é inflama todo su corazon, solo abriga el pensamiento de encontrarse donde sea necesaria su benéfica asistencia.

He prometido demostraros, en la visita de la Virgen á Elisabeth, los caractéres verdaderos y propios de la caridad para con el prójimo, y no obstante la seguridad en que estoy, que despues de lo expuesto hasta aquí, cada uno de vosotros podría descubrirlos, paso á indicarlos. Esos caractéres los expone el Apóstol cuando dice á los Corintios: La caridad es paciente y benigna, no es envidiosa, no obra fuera de tiempo, no es altanera, ni ambiciosa; no consulta el propio interés, no desprecia, no desconfía ni se alegra del mal ajeno; se alegra del bien de otro, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y sostiene (1). Ahora bien; considerando la visita de María á Elisabeth, admiraremos en su caridad todos esos requisitos.

(1) I. COR. XIII, 4 y sig.

La caridad debe ser paciente, ya que sin paciencia se secundan los primeros impulsos que se agolpan en nosotros, se ejecutan los primeros ímpetus de la ira, perdemos la calma, y desazonamos á cuantas personas dependen de nosotros, exponiéndonos así á que una pequeña chispa sea causa de un destructor incendio. María, en su visita á Elisabeth, tuvo tanta paciencia, que no fué obstáculo el haber de abandonar el hogar doméstico, ni el tener que emprender un largo viaje por ásperas sendas y áridos riscos de los montes. Las almas tibias se deshacen en lamentos, los espíritus débiles prorumpen en quejas, siempre que para ayudar al prójimo sea necesario arrostrar alguna incomodidad, alguna aflicción, ó tener que hacer algún sacrificio; mas no así la Virgen, que no aduce excusa alguna, teniendo la oportunidad de ofrecérsele muchísimos motivos para excusarse de visitar á su prima; ni la detienen los obstáculos, las fatigas, las angustias y los peligros á que se exponé para visitarla.

La caridad es benigna, lo cual consiste en ser cortés, amable, placentera y obligada, de suerte, que las personas que la poseen, son las más dulces, afables y condescendientes; por eso fué suma la benignidad de María en su visita á Elisabeth. Una reina de la tierra, aunque quisiese socorrer á una mujer preñada, no soportaría ciertamente la molestia de un viaje, no abandonaría su palacio por espacio de días y meses, ni sus comodidades y hábitos, ni iría á visitarla en persona. Todo lo más le mandaría uno de sus criados con palabras de afecto, con protestas de amor y algunas monedas por acto de generosa beneficencia. No así María, que siendo reina, no de la tierra, sinó del Cielo, va en persona á casa de su pariente.

La caridad no es envidiosa, consistiendo en un afecto sincero para con el prójimo, al cual desea el bien de que carece, y se guarda de envidiarle el que posee; tal fué precisamente la caridad de María en su visita á Elisabeth. Esta, despues de largos años de esterilidad, concibió un hijo; María lo sabe, y al instante su corazón se embarga de inefable júbilo, considerando el portento obrado por el Señor á favor de su estéril prima; y luego suspira por el momento de poderla estrechar en su seno para regocijarse con ella por la gracia recibida.

La caridad no obra fuera de tiempo; hé ahí porque María va á visitar á Elisabeth en la hora oportuna. Intimamente convencida, de que nunca es lícito exponerse en público y aprovechar las ocasiones por vanidad ó lijereza, sabe que pasa á ser un deber cuando lo exige un motivo superior, puesto que todo debe sacrificarse á las exigencias de la caridad. Por consiguiente, si anteriormente amó el recogimiento

y el silencio, al saber que su prima tiene necesidad de ser asistida, prescinde del silencio y del retiro; si sus delicias consistian ántes en la oración y en otros ejercicios de piedad, ahora, que la impulsa la idea de ser útil al prójimo, sometiéndose pronta y de buena voluntad á este sentimiento, interrumpe la oración.

La caridad no es orgullosa, y María va á visitar á Elisabeth, sin ser invitada, sin consultar el propio interés. No pisa los montes de Judea para su recreo ó su provecho, sinó en utilidad de los demás. Si á la caridad, segun concluye el Apóstol, cuando se trata del bien del prójimo, pareciéndole lijero todo peso, pequeña toda incomodidad y suave toda fatiga, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y sostiene; viendo á María cariñosa, humilde, resignada, diligente y activa para auxiliar á Elisabeth, hemos de concluir: que fué caritativa sobre toda ponderación, y que en la expresada visita nos dió el ejemplo de todos los caracteres propios de la caridad.

Entremos ahora un poco dentro de nosotros mismos, para examinar si imitamos, siquiera de léjos, la solicitud de María en hacer bien al prójimo, y atender á sus necesidades cuando está en nuestra mano. ¿Somos benignos, benéficos, generosos, ó más bien, ásperos, orgullosos é intratables? ¿Amamos al prójimo por deber religioso, ó más bien por inclinación y por simpatía? ¿Nos movemos con presteza para cumplir con nuestro deber á favor de los necesitados, ó pertenecemos más bien al número de aquellos, que, lentos y mal humorados, se muestran escasos y mezquinos cuando se trata de socorrer las necesidades del prójimo? Desgraciadamente observo en los hombres la repetición de los furores de Caín contra su hermano Abel, los resentimientos de Esaú contra Jacob, y las asechanzas de Absalón contra David; no veo, empero, corazones santamente abrasados de caridad. Los iracundos, jamás se hacen violencia á sí mismos para refrenar la cólera, que los arrastra á proferir mil ultrajes contra los propios hermanos; los ambiciosos, sacrifican á los amigos, y hacen traición á la fé jurada para abrirse camino por entre las falsas grandezas del mundo; el murmurador, oscurece la fama más acrisolada, con malignas conversaciones; el avaro, por un apego inmoderado á las riquezas, es más duro que el diamante, y ninguna fuerza puede ablandarle, acostumbrándose á contemplar con serenos ojos las miserias más conmovedoras, y acompañando la más injusta negativa con villana descortesía y soberano desprecio.

En verdad que no obraban así los primitivos cristianos, cuando formaban entre sí un solo corazón y una sola alma. Considerándose

como unidos en el seno de una misma madre, en el cual habían sido regenerados, se sentían animados de un mismo deseo, aspiraban á un mismo fin y tenían el mismo espíritu. Eran servidores, caritativos y bienhechores, porque la fé, la moral y el amor al prójimo consiste en hacer bien á todo el mundo. Así es, que los gentiles, al ver la envidiable concordia que reinaba entre los cristianos, su dulzura, su bondad, su moderacion y desinterés en socorrer á los desgraciados, abrazaban una religion que amaba y profesaba una virtud tan embelesadora.

¡Hermanos míos! no os diré que hay pobres que sufren, y que en estos calamitosos tiempos se hallan faltos de todo lo necesario á la vida, porque soleis verlos todos los días; no os diré que estas indigentes criaturas son nuestra carne y nuestra sangre, porque no podeis dudar de esto. Os diré, sí, que supliquemos á María Santísima, se digne alcanzarnos de su divino Hijo la gracia de poderla y de saberla imitar en los preclaros ejemplos de caridad fraternal, de que se hizo nuestra maestra; que su intercesion nos ayude á destruir en nosotros toda acritud, todo rencor, toda antipatia y todo cuanto se opone á la caridad; y que cuando seamos llamados al desempeño de los oficios de esta virtud no olvidemos, que privarse del reposo para asistir á los enfermos, el privarse de las diversiones para visitar á los atribulados, y el compartir nuestro pan para saciar á un hambriento, son actos que atraen sobre nosotros las más saludables bendiciones del Cielo. Obrando de esta suerte, con la intercesion y el patrocinio de María, seremos contados en el número de sus hijos, ya que es propio de los hijos buenos esmerarse en ser semejantes á la madre, y mereceremos participar de su felicidad en el Cielo.

DISCURSO VII.

OBEDIENCIA.

Melior est obedientia quam victima.
La obediencia vale más que los sacrificios.
(I. REG. XV, 22.)

Nacido el hombre para la libertad, aspira á verse libre de todo freno, y procura cual indócil potro sacudir todo género de yugo; ello no obstante, nunca se hallará verdaderamente libre de toda sujecion. Desde el desgraciado día, en que nuestro primer padre perdió por su propia voluntad el dominio con que Dios le había favorecido, no solamente sobre los irracionales, sinó que tambien sobre las altivas pasiones del espíritu, es una vana ilusion el pretender que no ha de estar subordinado á nadie. No podemos excusarnos de ser siervos, puesto que Adán no nos legó en herencia más que servidumbre. Pero, en la dura condicion en que nos hallamos de tener que vivir como siervos, se nos ha concedido la libertad de escoger el señor á quien debemos prestar homenaje y obediencia. En verdad, así como está en nuestro albedrío el servir al mundo y obedecer á sus caprichos, tambien podemos servir á Dios y cumplir sus mandamientos; con la diferencia de que, miéntras que el mundo es un señor que manda con tiránica altivez, y premia, si es que lo haga alguna vez, con avaricia, Dios es un señor que manda con infinita bondad, y galardona con superabundante largueza. Así, pues, la más vulgar prudencia aconseja, que se obedezca á Dios y no al mundo; y la más ilustrada razon exige, que convirtamos la obediencia á Dios en el primero de nuestros deberes, en la más solícita de nuestras atenciones, y en el más íntimo de nuestros afectos.

De esta obediencia nos habla la Santísima Virgen. Cierto que los sagrados Evangelistas se extienden muy poco acerca de la obediencia de María á Dios; pero nadie debe dolerse ni extrañarse de